
Canteros

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8560

Título: Canteros

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 20 de abril de 2025

Fecha de modificación: 20 de abril de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Canteros

Aún no había aclarado cuando se sintió una explosión. Algunos obreros de la cantera grande, de éstos que duermen una hora menos con tal de tomar mate tranquilos, comentaban:

—¡Ya están los locos meta y ponga! Hoy le ganaron al sol...

"Los locos" eran tres. Rosi, Arboleya y Fagina.

El dueño de la cantera era Rosi, pero se podía decir que era de los tres. La caliza que sacaban de allí la vendían a la "Sociedad Anónima", y el dinero que recibían lo gastaban los tres. Allí no había ni mío ni tuyo.

Ellos perforaban el banco, cargaban los barrenos, los hacían explotar, picaban y repicaban la piedra. Después se la entregaban a "la Anónima", cobraban y asunto terminado.

Eran tres hombres que valían por diez.

Eso sí, cuando les daba por no trabajar lo mismo estaban cinco que diez días, dándose buena vida, hasta que se gastaban la plata.

* * *

Arboleya era un maestro en el arte de abrir una cantera y llevarla a corte parejo como si fuera un queso, con el piso "sin tumultos", que parecía de un salón de baile. Llevar una cantera sin que se aterre, interpretando los nudos —la piedra es como la madera, amigo!— no contrariándola, buscándole las vetas que corren, evitando las bochas duras, como si fuera un río cuerpeando islas, no es para cualquiera.

Claro que la cantera de ellos era sin fin. De una caliza noble, ni muy blanda ni muy seca. Fácil de cocer. Tan fácil que anunciaba el punto de cochura pues se empezaba a poner color leche cuando estaba a punto.

Cuando "la Anónima" compró todos los yacimientos de la zona, Rosi se negó a vender su pedazo. Le ofrecieron "un carro de oro" pero no quiso desprenderse de su cerrito.

—Me hago de plata pero quedo bajo patrón... Más, un patrón al que usted no le ve la cara... Las anónimas, mire, tienen eso: usted los sufre pero no los ve... Son como las enfermedades...

Así fue que resolvió venderle la piedra extraída, en la boca de la cantera.

* * *

Trabajaban sin asco diez, doce, quince días. Sabían cuándo era domingo porque paraban en la cantera grande. Así hasta que un día paraban el trabajo y se iban al arroyo que quedaba como a quince cuadras de allí.

Se aposentaban en él hasta que les empezaba a faltar plata. Pescando, acostados en el tiempo, dejándole pasar sin hacerle caso.

No les faltaba buen vino, ni buena caña. Buenos guisos, asados flor y unas sopas que usted las tomaba y las sentía en los muslos. Rosi, que era el cocinero, decía cuando se las ponderaban:

—Mi padre decía que para hacer una sopa buena hay que no ser nervioso y tutearse con las cosas que se le eche...

Fagina guitarreaba. Sabía poco, pero improvisaba cosas que hacían reír a cualquiera. Siempre tocaba y cantaba después de comer. Y tras el vino y el asado aquellas cosas que decía

hacían reír a los otros y a él mismo, hasta que Arboleya pedía:

—Callate Fagina, que la comida se me va a salir a órte.

Después se acostaban a sestear. Se levantaban, pescaban. A veces empezaban a hacer la comida a las tres de la mañana. Desde lejos se veía el resplandor del braserío como una llaga en la noche.

—Mirá, ya están levantados o no se han acostado...— comentaba alguien. Y contestaba otro:

—¡Pero amigo! ¡Se han encontrado por casualidad! Los tres locos iguales que hay en el mundo son ellos...

—¡Locos, locos!... ¡Pero se la pasan que son unos reyes!...

* * *

Cuestión de política y mujeres, nada. En esto último Arboleya era la excepción. Alguna vez rumbeaba a la ranchada vecina a morder un pedazo de la noche entre aquel nido de cotorras que era el rancho de Juana Pelo.

Al regreso los otros lo esperaban con un tiroteo de bromas.

—Dicen que el piojo de cotorra es bravo de matar...

—Sí. Pero la helada mata todo.

—Hasta la catínga... ¿No ves que el carpincho se serenea antes de asarlo?...

* * *

Algunas veces hablaban de sus vidas.

—Yo hallo que mejor no se puede vivir...

Rosi reflexionaba:

—Mismo... yo digo: suerte que nos vinimos a reunir...

—Sernos tres en uno...

—Como el trespié del gringo Cayetano...

—No te olvidés que si se rompe un pie tenés que tirar el aparato porque no sirve más...

—¡Calíate lechuza!...

Callaban. Pensaban. Eran hombres enteros, sí. Pero ya viejancos. Cincuenta cumplidos...

Sin familia Fagina y Arboleya. Rosi tenía una hermana con dos hijas. De cuando en cuando iba a verlas y les llevaba algún peso. Estaban lejos.

* * *

A los demás les pasaban cosas. A ellos nada. Buen diente, conciencia tranquila, buen catre...

—No tenemos de qué quejarnos...

—¿Quién se queja? —dice Arboleya.

Y remata Rosi:

—¡Elegí alguno pa compararte!...

—Mejor que vos, éste... mejor que yo, vos ... y mejor que vos y aquél, yo...

* * *

Hasta aquella mañana que sucedió lo que sucedió. Una de esas cosas que no se pueden creer.

Rosi aún no había prendido la mecha del barreno. Estaba fumando, eso sí. Se dio vuelta para retirar el cajoncito en

que tenía las herramientas. Cuando volvió explotó el barreno.

Lo encontraron a cinco o seis metros sin conocimiento. La explosión le había llevado un trozo de pierna. Un poco más abajo de la rodilla un hilacherío de carne, con el hueso mostrando el caracú y una lluvia de sangre.

Lo ligaron con un alambre de quinchar y en el camión de "la Anónima" lo llevaron al pueblo.

* * *

Cuando regresaron salieron a buscar los pedazos de la pierna. Encontraron tres dedos y unos trozos de huesos.

Pusieron aquello en un pañuelo de seda del propio Rosi.

Lo iban a enterrar cuando dijo Fagina:

—Espérate... Le voy a poner el relicario con pelo de la finada mama...

Fagina esperó. Cuando volvió el compañero ordenó:

—Ahora esperame vos.

Fue al rancho y regresó.

—Ponele esto...

Y le dio una moneda de oro.

—Me la dio padrino poco antes de morir...

Pusieron todo en el pañuelo y luego se acercaron a una coronilla bajo cuya sombra solían matear, y lo enterraron.

* * *

Rosi volvió a los siete u ocho meses. Con muletas, viejo, triste.

—Pero hermano, ¿por qué no avisó que lo íbamos a buscar?

—¿Pa qué?

Se hizo un silencio. Un silencio que no les dejaba sacar de adentro todo lo que tenían que decirse.

Así hasta que Rosi ordenó:

—Ensíllame el Caballo que me voy... Tenés que apretar la cincha arriba de las muletas...

Cuando salió Arboleya se dirigió a Fagina:

—Me van a tener que subir como a los payasos...

Quién sabe cuántos minutos habían transcurrido, cuando preguntó Fagina:

—¿A lo de tu hermana?

—Sí... Tres mujeres solas... Voy de hombre ... En las casas hace falta...

Fagina le adivinó las lágrimas, y como él no podía aguantar las suyas, entró al rancho y se tiró en el catre, boca abajo.

Cuando entró Arboleya lo observó y lo sacudió con rabia:

—¡Levántate, infeliz! —le dijo—, ¿no te da vergüenza que Rosi te vea?...

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.